

« CIVILIZAR », « CIVILIZADO » Y « CIVILIZACIÓN »:
UNA POLÉMICA DE 1763

En los últimos años se ha estudiado el vocabulario del siglo XVIII como expresión ideológica de la Ilustración.¹ De este vocabulario, el neologismo *civilización* y sus orígenes en diferentes lenguas europeas ha suscitado el interés de historiadores y lingüistas. En España ha sido estudiado por W. Krauss² y por J. A. Maravall.³

El primer testimonio conocido es en francés y se encuentra en una obra de Mirabeau publicada en 1757.⁴ En español se ha atestiguado por primera vez en el título de un sainete de Ramón de la Cruz, *La Civilización*, estrenado en 1763. Como en otras lenguas, *civilización* es un derivado de *civilizar*, pero mientras que en francés y en inglés los verbos *civiliser* y *to civilize* tenían un uso antiguo, en español no existía un verbo correspondiente. *Civilizar* es también, como *civilización*, un neologismo dieciochesco, derivado, a su vez, de *civil* y *civilidad*.

Maravall, sorprendido de lo temprano del testimonio, considera el título de Ramón de la Cruz como un dato aislado porque desconoce las circunstancias en que empezó a usarse la palabra en España, unos meses antes del estreno del sainete, a las cuales alude su título. Estas circunstancias, y su carácter polémico, también explican la sorna y el sarcasmo que advierte Krauss en los datos que él aporta. Para explicar estas circunstancias tenemos que considerar el uso del nuevo verbo *civilizar* en la prensa periódica de los años 1762 y 1763.

1. Véase R. Lapesa, « Ideas y palabras: del vocabulario de la Ilustración al de los primeros liberales », *Asclepio*, XVIII-XIX (1966-67), 189-218.

2. « Sobre el destino español de la palabra francesa *civilización* en el siglo XVIII », *BHI*, LXIX (1967), 436-40.

3. « La palabra *civilización* y su sentido en el siglo XVIII », *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas*, Burdeos, 1977, 79-104.

4. J. Moras, *Ursprung und Entwicklung des Begriffs der Zivilisation in Frankreich* (1756-1830), Hamburg, 1930, y E. Benveniste, « *Civilización*. Contribución a la historia de la palabra », *Problemas de lingüística general*, trad. de J. Almela, México, 1972, 209-218.

Por su carácter costumbrista, *El Pensador*, de Clavijo y Fajardo, nos ofrece un buen testimonio del contexto social en que dicho verbo empieza a usarse en las conversaciones de la época, como palabra de última moda, caracterizadora de afectada modernidad. *El Pensador* atribuye el uso del neologismo a la jerga de los petimetres que practican la moderna costumbre del cortejo. En el « pensamiento » LI, aparecido en 1763, publica la carta de un fingido corresponsal, que explica su transformación « de hombre basto y, lo que es peor, a la antigua » (IV, 269) en moderno petimetre. Las circunstancias sociales le obligan a practicar el *cortejo*, por lo que este castellano viejo del siglo XVIII no tendrá más remedio que refinarse adoptando las costumbres modernas. « Para este fin —nos dice— he empezado a tomar un nuevo régimen de vida. Me estoy *civilizando* (como dicen los Corteji-cultos) y dejando las ridículas vejezes de mis costumbres antiguas » (IV, 271). Otros ejemplos que no podemos citar por falta de espacio, confirmarían este uso, en que el verbo *civilizar* se utiliza en el sentido de adquirir *civilidad*, tal como define esta palabra el *Diccionario de Autoridades*: « Sociabilidad, urbanidad, policía ». También está relacionado el sentido con los primeros usos de la palabra francesa *civilisation* en la obra de Mirabeau, el cual la define como « la dulcificación de las costumbres, la urbanidad, la cortesía y los conocimientos divulgados de manera que se observen las buenas formas y ocupen el lugar de leyes de detalle ».⁵ Pero lo que nos interesa ver es que en la jerga de los petimetres, el nuevo verbo que expresa la adquisición de *civilidad* (lo que en francés ya se llamaba *civilisation*) añade al sentido de la antigua palabra española el valor de modernidad, de lo que los tradicionalistas llamaban entonces « novedades ». Para los petimetres, *civilizarse* significa abandonar las costumbres antiguas, bastas y rudas, para adquirir el refinamiento de las costumbres modernas. La rusticidad se identifica con la España antigua a la que se contraponen el refinamiento social de la Europa moderna,⁶ de la Europa, como veremos, de las « naciones civilizadas ».

Sin duda, esta contraposición así planteada por los petimetres nos parece a nosotros, como les parecía a los críticos ilustrados, frívola y superficial. Pero si la consideramos en el panorama ge-

5. Benveniste, *art. cit.*, 212.

6. Sobre esto véase Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Madrid, 1972.

neral de la España del siglo XVIII, podremos ver en la actitud afectada de los petrimetros una caricatura frívola (como la de los « eruditos a la violeta ») de una problemática más profunda en la España de la Ilustración: la acuciante necesidad que sienten los ilustrados de remediar el atraso histórico en que, según ellos, se encuentra España con respecto a los países más adelantados. En este sentido, el cambio que, según los ilustrados, debe emprender la sociedad española en el orden económico, científico, literario, filosófico y moral se expresa también con el verbo *civilizar*.

La antigua palabra *civilidad* de la que se deriva el nuevo verbo *civilizar*, además de urbanidad tenía el sentido de *policía*, que se podía entender como buen gobierno de una colectividad. En este sentido, adquirir *civilidad*, *civilizar* una nación va a ser empresa de un buen gobierno. Es, por lo tanto, empresa política de un gobierno ilustrado, como indica Maravall.⁷ *Civilizar* una nación será perfeccionar sus costumbres, según veremos en un texto del *Diario extranjero* de 1763, pero un perfeccionamiento concebido como resultado de la « enseñanza pública ». Hay que tener en cuenta que el término *costumbres*, de acuerdo con el sentido francés de *moeurs*, tiene una significación moral mucho más amplia que el uso actual de la palabra en español. Según el *Correo General de Europa*, « las costumbres más regulares y conformes a la moral y a las leyes, producirían todas aquellas progresivas felicidades que hoy disfrutan los reinos civilizados de Europa » (I, 7). Como es sabido, los ilustrados conciben el teatro como una institución pública con carácter educativo. El teatro debe de ser una « escuela de costumbres » y es obligación del gobierno procurar que las representaciones teatrales, además de entretener al público, cumplan una misión pedagógica cuyo resultado ha de ser la reforma de las costumbres para conseguir su perfeccionamiento. El teatro, por lo tanto, tiene que cumplir la empresa política de « civilizar la nación ». Por eso leemos en el *Diario extranjero* la siguiente crítica a la comedia *El Diablo Predicador*, estrenada el 1 de mayo de 1763: « Esta comedia es de aquellas muchas que mantienen el error de nuestro bajo pueblo, dando crédito a hechos, no sólo dudosos, sino opuestos a las verdades puras de una sana creencia. El asunto, lejos de ser oportuno para la comedia, es contrario a las leyes que prescriben los preceptos de una enseñanza pública. Mientras duren estas

7. *Art. cit.*, 88.

representaciones, ni se civilizará nuestra Nación, ni se perfeccionarán nuestras costumbres » (No. VI, 87). Y pocos días después, refiriéndose a *El falso nuncio de Portugal*, de Cañizares, dice el mismo periódico: « No puede esperar todo el poder de la Soberanía civilizar nuestra Nación, mientras se esparzan en el público... falsedades y engaños » (No. VIII, 120).

Lo que se desprende de estos textos es que si el gobierno ilustrado ha de fomentar una política destinada a civilizar la nación, España todavía es un país por civilizar ¿Cuáles son estos « reinos civilizados » entre los que España está excluida? Nipho, en varios pasajes del *Correo General de Europa*, enumera a Francia, Inglaterra, Alemania, Holanda e Italia. Dice en dicho periódico: « España es un pedazo del mundo... donde nacen hombres que a no conducirlos el cuidado de la educación, se equivocaría con los salvajes, lo mismo que sucedería con los reinos que blasonan de civilizados y cultos en la Europa. Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y cuantos reinos tienen por sus moradores las ciencias y las artes, serían lo mismo y algo menos que la España si entre ellos, como entre nosotros, dominara la desunión y la negligencia » (I, 67). Cree Nipho que estas naciones no son « más bien humoradas que la España. Esto se evidencia en todos reinos civilizados de Europa y donde más brilla lo que puede la emulación en las Academias y Sociedades » (I, 175-176).

Lo que define aquí a los « países civilizados » es el progreso que dichos países han hecho en « las artes y las ciencias ». Pero el grado de progreso no depende de las diferencias de la naturaleza humana, que es la misma en todos los tiempos y lugares, sino de las diferencias en el desarrollo histórico de cada país. El verbo *civilizar* expresa un concepto histórico, una nueva manera de concebir la historia de la humanidad como un progreso que ha ido alejando gradualmente a los pueblos civilizados de un estado primitivo de barbarie e ignorancia. España, en cambio, quedó excluida de este proceso histórico seguido desde al Renacimiento por otros países europeos. Según el C.G. de E. (I, 33-35) desde el siglo XV « primero en Italia, y sucesivamente en los demás reinos de Europa, restauró el hombre el gusto, que tanto tiempo había estado perdido: volvieron a su esfera los agrados de la vida; se civilizó el trato; se pulieron las conversaciones ». Como ya sabemos, esta acción de refinar las costumbres y el gusto, urbanizar los hábitos sociales, en que consiste este proceso de civilizar la sociedad, tiene un alcance

que va mucho más allá del simple efecto de la cortesía, pues el resultado de *civilizar* un país va a ser « restaurar las ciencias » y « sacudir el yugo de la barbarie » para salir de la ignorancia: « Tres causas —continúa el C.G. de E.— concurren a la restauración de las ciencias en Italia. La primera fue el ejemplo de algunas personas racionales y de gusto que desde el siglo XIV comenzaron a resentirse de la ignorancia que informaba a los hombres, y ellos, solícitos de su honor y enemigos del común desdoro, sacudieron el yugo de la barbarie ». « Este delicado estudio, siempre desatendido en España, y motivo de casi ningún progreso en las ciencias, pasó de Italia a Alemania; de aquí a Inglaterra; también la Francia tomó partido en negocio de tan dichosas consecuencias: nuestra España se quedó mirando el espectáculo, y todavía permanece en el oficio de simple espectadora y los reinos sobre-dichos [es decir, « los reinos civilizados de Europa »] siguen representando el papel decoroso de su felicidad en el cultivo de las ciencias ».

Para el uso del verbo *civilizar* en el sentido que hemos tratado de explicar con textos del *Correo General de Europa* y *Diario Extranjero* creemos que fue decisiva la traducción que su autor, Francisco Mariano Nipho hizo de las *Instituciones políticas* del Barón de Bielfeld, de la cual publica algunos extractos en el *Correo General*. El verbo *civilizar* se introduce en España para expresar y traducir la noción que en Francia se expresaba con varios verbos: « civiliser », « polir », « poliser », así como el sustantivo « politesse ».⁸ En efecto, para traducir estas palabras de la obra del Barón de Bielfeld, el autor del *Correo General* utiliza « civilizar », « civilizado » y « civilidad ». En esta traducción encontramos las definiciones de lo que Nipho entiende por *civilizar*, *civilizado* y *civilidad*, según el uso que de estas palabras ha hecho en sus periódicos. Civilizar y pulir una Nación es una regla política que consiste en « dilatar las luces del espíritu, y formar el corazón del Pueblo por medio de costumbres dulces, operación que los latinos exprimen tan exactamente con la frase: *Ad urbanitatem informare* » (I, 74). ¿Qué es una nación civilizada? Según la traducción de Nipho: « En un Estado culto y civilizado hay un enlace poderoso entre las diferentes ramas del Gobierno, que todo lo sostienen en una armonía perpetua y venturosa y que previenen muy de antemano las revoluciones y alborotos imprevénidos y funestos. Decir nación civilizada es lo mismo que de-

8. Cf. Lucien Febvre, *Civilisation. Le mot et l'idée*, Paris, 1930, págc. 10-16.

cir Nación en la cual son muy numerosas las dependencias y necesidades, y éstas son el origen de la industria, que cuando la toca su turno, se constituye madre de las Artes, de las Ciencias, de los Artes mecánicos, y finalmente, del Comercio. La reunión de todos estos objetos forman la felicidad del Estado » (I, 72-73). Y finalmente ¿Qué es civilidad? La noción que aquí se expresa de esta palabra queda ya lejos de la definición del Diccionario de Autoridades, si bien desarrolla el componente de *policia* que en aquella definición se daba: « La prosperidad del Estado mismo depende de la civilidad y aseo que reina en una Nación. Ahora pues, esa civilidad o pulimiento político, no puede existir si todo el pueblo no está civilizado; esto es, si no está instruido hasta cierto punto, y si no tiene bien formado el corazón y el juicio » (I, 76). « La educación es el principio más noble y más útil, para la civilidad y pulimiento político de una Nación » (I, 78-79). Aquí la palabra *civilidad*, lejos de la cortesía, expresa un concepto político y significa lo mismo que muy poco después se expresará con la palabra *civilización*. Hasta tal punto es así que uno de los textos de esta traducción en que Nipho usa la palabra *civilidad* expresa la misma idea que un texto de una obra de Boulanger, publicada en 1767, y que Lucien Febvre consideraba el primer ejemplo conocido de la palabra *civilisation* en francés. Dice el texto español de 1763: « No se trata solamente de civilizar una nación bárbara... es también obligación de los Soberanos mantener en la civilidad y buenas costumbres a una Nación ya culta y civilizada » (I, 77). Lo mismo se dice en la obra de Boulanger: « Lorsqu'un peuple sauvage vient á être civilisé, il ne faut jamais mettre fin á l'acte de la civilisation...; il faut fair regarder la legislation qu'on lui donne comme une civilisation continuée ».⁹ Para expresar esta nueva idea de progreso continuo de los pueblos y de la humanidad entera, la antigua palabra *civilidad* se quedaba corta en español, como había ocurrido con *civilité* en francés. Se necesitaba la palabra *civilización* para indicar la continuidad.¹⁰

En la España del siglo XVIII, el concepto progresivo de « naciones civilizadas » va estrechamente unido al concepto de decadencia, considerada en relación con los progresos alcanzados por otros países europeos en el proceso expresado por el verbo *civilizar*. Para sumarse a este proceso no habrá más remedio que imitar a los « países civilizados ».

9. *Ob. cit.*, págs. 5-6.

10. Benveniste, *art. cit.*, 213.

Naturalmente, esta concepción de España que expresaba el verbo *civilizar*, tenía que provocar la reacción de los tradicionalistas, defensores de la España castiza. Contra *El Pensador* y los periódicos de Nipho a que nos hemos referido, sale en 1763 *El escritor sin título*, redactado por el clérigo Romea y Tapia, que Menéndez Pelayo considera como portavoz del « público castizo ». No es de extrañar que el autor de los *Heterodoxos españoles* considerara al *Escritor sin título* como un antepasado de su propia ideología. Como Menéndez y Pelayo se declara « católico a macha martillo », frente a los heterodoxos del siglo XIX, Romea y Tapia se declara « cristiano a macha martillo » (Disc. VI, p. 218), « español a prueba de bomba » (Disc. I, p. 3) frente a los reformadores del siglo XVIII. En su periódico acusa repetidamente a Nipho de extranjerizante: « el objeto de este papel [no] se reduce a otra cosa que a poner algunas reflexiones a las Noticias de Moda [del *Diario extranjero*]; sólo porque estoy muy mal con que nos quieran aplastar con el ejemplo de las Naciones Extranjeras para prescribir nuestra diversión » (Disc. I, págs. 9-10). En esta polémica se muestra convencido de que si la Naturaleza « nos ha puesto esa pantalla mocha y calva que forman los Pirineos ha sido sin duda para distinguirnos hasta el aire que respiramos » (Disc. III, p. 77). Y se pregunta « ¿Pues que Madrid es alguna hija de Pu... para que se le enajene el derecho que cada uno tiene de mandar en su casa? » (Disc. III, p. 78). « Aquel bocadito [del *Diario Extranjero*]: y de estos reinos cultos de la Europa me sabe a corcho quemado, porque aunque no me atrevo a afirmar que nos supone incultos, me falta poco, porque supuesto que somos incivilizados, no estamos lejos de ser incultos » (Disc. III, p. 79). Lo que exaspera al *Escritor sin título*, es lo que Nipho dice en un pasaje, que he citado antes, de su crítica a *El diablo predicador*: « lo que no puedo llevar en paciencia es que en nuestras barbas e impunemente se estampe: *Mientras duren estas perjudiciales representaciones, no se civilizará nuestra Nación, ni se perfeccionarán nuestras costumbres* ¿Qué es esto? ¿España está todavía por civilizar? ¿Qué más queda que decir de lo más oculto de California y de los países adonde no ha llegado la Política, Religión ni Gobierno... No hay paciencia para leer expresiones menos penetrantes en los extranjeros y la hemos de tener para escucharlas en nuestros paisanos? » (Disc. I, págs. 20-21). En este contexto polémico aparece la palabra *civilización* como concepto dañino y venenoso: « porque a la verdad, si yo digo de los espa-

ñoles, que es *gente* por *civilizar* (es un áspid, una furia, un veneno esta civilización) ¿qué me tocará a mí que no soy chorizo, digo polaco, ni holandés? Pues no hay más que darle, enherbarse (*sic*) bien y no publicar escrito que no se le pegue cuatro tarascadas a la madre que nos cría, nos alimenta, nos viste, nos calza, nos enseña una fe pura, sin mezcla de opiniones y sectas descarriadas, el verdadero culto, la constancia, la fidelidad, que nos singulariza entre todas las Naciones: la sobriedad, que si ha padecido algún disturbio, ha sido por la comunicación de los modelos que nos presentan, y quieren embutir a la fuerza de brazos; que luego con una conterita, de que nos mueve el *amor*, el *bien común*, o alguna otra cosuela, podremos dorar los yerros de nuestra ingratitude » (Disc. II, p. 35).

Que la polémica tuvo cierto eco entre los lectores de periódicos nos lo muestra, por ejemplo, esta alusión de otro periódico madrileño del mismo año 1763, una vez que parece que ya había pasado el ardor de la polémica. En *El amigo del público*, periódico de Juan Antonio Aragonés, leemos: « ya parece que no se oyen tanto aquellas voces malsonantes de *civilizar* y *barbarie*, con que nos han machacado y molido hasta los huesos » (Disc. III, pág. 19).

No es de extrañar que en este ambiente polémico entre reformadores y casticistas, uno de éstos, Ramón de la Cruz, aprovechara un tema de actualidad para titular con la palabra venenosa y malsonante de *civilización* —término que, sin duda, entonces tenía que sonar pedantesco— un sainete estrenado en octubre de 1763 en que ridiculizaba a los *civilizantes* que pretendían *civilizar* a unos rústicos aldeanos. Para el que estuviera al tanto de la polémica las alusiones eran claras: el terrateniente ilustrado se lamenta de « que toda esta tierra / esté sin civilizar ». Los aldeanos se resisten cuando los *civilizantes* tratan de *civilizar* la Iglesia y por fin el terrateniente ilustrado reconoce su fracaso.¹¹

Es fácil comprender, como muestra Krauss, que las palabras *civilizar* y *civilización* se siguieran empleando a lo largo del siglo XVIII « con sorna y con sarcasmo »¹² por parte de los defensores de la España castiza. Pero no es menos verdad que poco después

11. E. Cotarelo (*Don Ramón de la Cruz*, Madrid, 1899, p. 43) creía que este sainete era una sátira personal contra *El Pensador*, pero en realidad a quien satiriza directamente es a Nipho. Él era quien, según *El escritor sin título*, había dicho que *estabamos sin civilizar*.

12. *Art. cit.*, pág. 439.

del sainete de Ramón de la Cruz y del *Escritor sin título* la palabra *civilización* iba a ser utilizada por los ilustrados como término prestigioso para expresar una nueva concepción de la historia y de la sociedad. Maravall¹³ cita como primer ejemplo un texto de las *Memorias históricas* de Capmany publicadas en 1779. Pero el autor catalán ya venía usando la palabra desde años antes, en efecto, desde sus primeros escritos. En el manuscrito de 1773, publicado por J. Marías¹⁴ y que después N. Glendinning¹⁵ demostró que era de Capmany, encontramos dos veces la palabra *civilización* junto con otros términos típicamente ilustrados, como *perfectibilidad*, *perfectible*, *ilustración*, *humanidad*, *espíritu filosófico*, etc., etc. y, naturalmente, *nación civilizada*.

JOSÉ ESCOBAR
Universidad de York, Toronto

13. *Art. cit.*, pág. 99.

14. *Comentario sobre el Doctor Festivo y Maestro de los Eruditos a la Violeta*, por Pedro Fernández, en J. Marías, *La España posible en tiempo de Carlos III*, Madrid, 1963, págs. 181-218.

15. «A Note on the Authorship of the *Comentario sobre el Doctor Festivo...*», BHS, XLIII (1966), 276-283.